

Cuidados expropiados como política del engranaje tecnoproductivo. Sostenimiento autoetnográfico de la vida en la era pandémica

Laura Sarmiento¹ y Paola Bonavitta²

Recibido: Septiembre 2021 / Revisado: Marzo 2022 / Aceptado: Marzo 2022

Resumen: Sabemos que en los cuerpos de las mujeres recae el peso de los cuidados y, también, que son quienes resignan tiempos: de descanso, de ocio, de placer. Este trabajo pretende dar cuenta de cómo se sostiene la vida en los tiempos de pandemia, en el marco de una crisis de los cuidados a nivel global y de un recrudecimiento de la situación de las cuidadoras tras el COVID-19. ¿Quiénes cuidan mientras el virus habita nuestras vidas cotidianas? Metodológicamente emplearemos la autoetnografía como una técnica que nos permite reflexionar sobre los cuidados desde nuestro rol doble de investigadoras y de cuidadoras. Aquí haremos uso del valor epistémico de las emociones en los procesos de investigación con metodologías feministas. En el trabajo apelamos a sostener una reflexividad que se deja afectar y atravesar por las emociones como herramienta en la producción de conocimiento. A través de la recuperación discursiva abordaremos las consecuencias de la realización simultánea de teletrabajo y trabajo de cuidado en un mismo territorio. La nueva modalidad de la vida cotidiana, obliga a las cuidadoras a una productividad sin límites. La fuerza de la máquina sigue sostenida por la expropiación de la vitalidad de quienes cuidamos, somos el bien común profanado por el propio sistema tecnoproductivo para su sostenibilidad. En este artículo nos proponemos ensayar reflexiones sobre las emociones que aparecen al cuidar y, por ende, las emociones que permiten que la vida se siga reproduciendo y sosteniendo. Y lo hacemos partiendo, a su vez, de una ética feminista situada.

Palabras clave: Cuidadoras, Ética del Cuidado, Feminismos, Autoetnografía, Mujeres, Tecnoproductividad.

[en] Expropriated care as a policy of technoproductive gearing. Autoethnographic life support in the pandemic era

Abstract: We know that the burden of care falls on women's bodies and, also, that they are the ones who give up time: rest, leisure, pleasure. This paper aims to show how life is sustained in times of pandemic, in the context of a global care crisis and a worsening of the situation of women caregivers after COVID-19. Who cares while the virus inhabits our daily lives? Methodologically, we will use autoethnography as a technique that allows us to reflect on care from our dual role as researchers and caregivers. Here we will make use of the epistemic value of emotions in research processes with feminist methodologies. In the work we appeal to sustain a reflexivity that allows itself to be affected and traversed by emotions as a tool in the production of knowledge. Through discursive recovery we will address the consequences of the simultaneous realization of telework and care work in the same territory. The new modality of daily life forces caregivers to have unlimited productivity. The power of the machine continues to be sustained by the expropriation of the vitality of those we care for, we are the common good desecrated by the technoproductive system itself for its sustainability. In this article we propose to rehearse reflections on the emotions that appear when caring and, therefore, the emotions that allow life to continue reproducing and sustaining itself. And we do so starting, in turn, from a situated feminist ethic.

Keywords: Caregivers. Ethics of care. Feminisms. Autoethnography. Women. Technoproductivity

Sumario: 1. Introducción. 2. Metodología: la autoetnografía de los bordes. 3. Resultados. 3.1. Las dimensiones de los cuidados. 3.2. Sistema tecnoproductivo y espacialidad doméstica: la expropiación de las fuerzas. 3.3. Asfixia espacial, sobredosis productiva, agotamiento psicoemocional. 3.3.1. La pantalla como nuevo escenario permanente. 3.3.2. Los roles superpuestos. 3.3.3. Ira: cuidados y gestión emocional. 3.4. La ira como ética de liberación. 4. Conclusiones (inconclusas): Lo invisible como política de engranaje. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Sarmiento, L.; Bonavitta, P. (2022). Cuidados expropiados como política del engranaje tecnoproductivo. Sostenimiento autoetnográfico de la vida en la era pandémica, en *Revista de Investigaciones Feministas*, 13(1), pp. 115-125.

¹ CONICET. Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad. Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.
lauruch@hotmail.com
ORCID ID: 0000-0002-2646-3439.

² CONICET. Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.
paola.bonavitta@gmail.com
ORCID ID: 0000-0003-4758-4202.

1. Introducción

Este trabajo pretende dar cuenta de cómo se sostiene la vida en los tiempos de pandemia, en el marco de una crisis de los cuidados a nivel global y de un recrudecimiento de la situación de las cuidadoras tras el COVID-19. ¿Quiénes cuidan mientras el virus habita nuestras vidas cotidianas? Sabemos que en los cuerpos de las mujeres recae el peso de los cuidados y, también, que son quienes resignan tiempos: de descanso, de ocio, de placer.

En el caso de América latina, territorio más desigual del mundo, las desigualdades se agudizaron con el arribo de la pandemia. Como señalan Palermo y Capogrossi:

“En el caso de las mujeres, la pérdida de puestos y horas laborables no sólo las afectó en mayores proporciones que a los varones por el cierre definitivo o parcial de sus espacios de trabajo o las restricciones en la circulación: en muchos casos, también debieron abandonar sus actividades remuneradas para dedicarse por completo a la responsabilidad de la *domesticidad* (Murillo, 1997), dado que las medidas de confinamiento potenciaron el trabajo doméstico y las tareas de cuidado en un contexto de cierre de escuelas y de restricciones en los lugares de esparcimiento de niños y niñas” (2021, p. 3).

A nivel mundial, las desigualdades de responsabilidades en los trabajos domésticos y de cuidado quedaron manifestadas en la distribución desigual del tiempo: un promedio de 4,1 horas diarias para las mujeres, frente a las 1,7 horas por día que le conceden los varones (OIT/ ONU-MUJERES, 2020). En Argentina, “(...) 9 de cada 10 mujeres realizan estas tareas, que significan en promedio 6,4 horas diarias. Ellas dedican tres veces más tiempo que los varones” (D’Alessandro et al. 2020: 3). Se incrementó también la presión laboral y el estrés sobre las mujeres, puesto que están sobrerrepresentadas en aquellos sectores considerados esenciales durante la pandemia del Covid-19, como la salud (Palermo y Capogrossi, 2021; Bard Wigdor y Bonavitta, 2021). Si bien la pandemia nos expone a todos y todas a un proceso de descotidianización global, las vivencias de las mujeres es particular y multiplica sus opresiones ya existentes.

En este trabajo nos valdremos de la autoetnografía como una técnica que nos permite reflexionar sobre los cuidados desde nuestro rol de cuidadoras. Ambas autoras estamos atravesadas por los trabajos de cuidado. Además de ser investigadoras, somos madres e hijas con personas a cargo. Aquí haremos uso del valor epistémico de las emociones en los procesos de investigación con metodologías feministas. En el trabajo apelamos a sostener una reflexividad que se deja afectar y atravesar por las emociones como herramienta en la producción de conocimiento. Como señala Audre Lorde (1984):

“No es que la racionalidad no sea necesaria. Está al servicio del caos del conocimiento. Al servicio del sentimiento. Sirve para ir de un lugar a otro. Pero si no se concede valor a esos lugares, el camino no vale de nada. Y eso es lo que sucede muy a menudo con el culto a la racionalidad y con el pensamiento analítico, académico, circular. Aunque, en definitiva, yo no entiendo como una dicotomía el sentimiento y el pensamiento. Los entiendo como una elección de medios y combinaciones” (p. 33).

Cuando se reflexiona sobre el tema de cuidados y de la sostenibilidad de vida, se tocan espacios íntimos, fibras sensibles e incluso se logra una reflexión que excede nuestros recuerdos que están “a mano”, cerca. La vida soberana se ha sostenido históricamente a costa del despojo de otras: saqueos, terrores, etnocidios y hasta crisis de los cuidados en un sistema heteropatriarcal-capitalista-colonial. Los recuerdos y experiencias vinculados a los cuidados, muchas veces resultan ser fragmentarios, olvidados o censurados por todo lo que trae aparejado.

Hablar de cuidados es hablar de vida y de su sostenibilidad, pero también es hablar de caos y resistencia. Es registrar en las memorias de los cuerpos la marca del dolor, de los desgarros, de la presión y el agotamiento. Por tanto, reflexionar sobre este tema nos remite a redirigir la mirada hacia los cuerpos y prestar atención a cómo y en qué condiciones nuestras corporalidades resisten.

Siguiendo a Rolnik (2018), lo que nos interesa -pandemia adentro- es “cómo la resistencia hoy consiste en reconectar lo más posible con nuestra condición de viviente, activar nuestro saber-de-viviente, saber-del-cuerpo, y que este saber es nuestra brújula” (p.2).

Y, hablar del cuerpo, es hablar de emociones pues el cuerpo vivo

“aprehende por medio de los *afectos*, mientras que el sujeto se relaciona con lxs otrxs por medio de la *comunicación*, nuestro cuerpo vivo se relaciona con lxs otrxs por medio de algo cuyo nombre estoy buscando en este preciso momento para un texto nuevo. Porque antes lo llamaba *empatía*, pero *empatía* no va. No va porque la publicidad lo usó mucho, la cosa *new age* y los libros de autoayuda también. A su vez, muchos militantes negros por ejemplo nos dicen “gracias, estamos hartxs de su *empatía*”; es que la *empatía* deniega la tensión. La palabra que creo que voy a poner, lo estoy trabajando en estos días, es *transverberación*. *Transverberar* alude a reverberar, traslucir, diseminar...” (Rolnik, 2018, p. 1).

Ese cuerpo afectado por los afectos, en un juego de palabras que da cuenta de lo involucrado en la sostenibilidad de la vida, da cuenta de la urgencia de repensar en las recargas que implican el sostenimiento de otros

en medio de un individualismo capitalista y mercantil atroz, que devora no sólo los tiempos de ocio, descanso y placer sino que también anula la posibilidad de pensar comunitariamente y de construir vida desde lo comunitario. Justo allí, en la soledad de un cuerpo atravesado por el afecto vinculante -puesto que el cuidado es un trabajo no pago, pero, en muchas ocasiones, también mediado por el afecto-, las cuidadoras parecen resistir no sin tensión, no sin enojo o sin digna rabia.

En este artículo nos proponemos ensayar reflexiones sobre las emociones que aparecen al cuidar y, por ende, las emociones que permiten que la vida se siga reproduciendo y sosteniendo. Y lo hacemos partiendo, a su vez, de una ética feminista situada, que no se encarga solo de las mujeres, sino de aplicar algunos de los valores considerados “femeninos” y aportarlos para todos los seres humanos (Osorio, Gandaria y Fundallosa, 2021). En palabras de Alba Carosio (2007):

“Se trata de partir de la experiencia y modelar la experiencia desde la ética, en un juego entre realidad y trascendencia. En esta interacción surgirá la ética feminista como una ética del placer, placer de la realización y el despliegue humano” (p. 168).

Esta ética feminista dialoga, al mismo tiempo, con la ética de los cuidados, entendiéndolos como responsabilidad, valoración de las relaciones personales y la atención a las necesidades de otras personas. La ética de los cuidados incorpora la idea de pensar al otro/a como ser determinado, social-históricamente y en base a la relación de proximidad y afectividad como comportamiento moral (Carosio, 2007). El diálogo necesario entre ambas éticas nos lleva a no perder de vista la autonomía. Sabemos que las cuidadoras son mujeres en su mayoría. Sabemos que, en medio de un sistema patriarcal, la autonomía de ellas está siempre censurada y oprimida. Y la ética de los cuidados muchas veces termina recortando aún más en sus autonomías si no se aplica en el marco de sociedades que contribuyan a organizar cuidados compartidos responsablemente y a pensar de manera comunitaria a la sostenibilidad de la vida. Y, en toda su complejidad, ambas éticas deben aprender a dialogar, puesto que, como derecho humano fundamental, no podemos prescindir de los cuidados pero sí podemos imaginar maneras feministas de concretarlos, diseñarlos y regularlos.

2. Metodología: la autoetnografía de los bordes

Partimos de una escritura colectiva sostenida en estrategias cualitativas y en metodologías feministas. Se trata de un trabajo situado abordado desde la autoetnografía, apuntando a constituir circuitos de conocimiento feminista (Esteban, 2014) que intentan romper la frontera academia activismo, aun a cuenta de ser consideradas demasiado activistas para la academia, o demasiado académicas para el activismo (Osorio, Gandaria y Fundallosa, 2021).

Desde un lugar fronterizo producimos conocimiento, pero desde ese mismo lugar fronterizo también reflexionamos sobre los cuidados. Quienes escribimos este texto acompañamos a cuidadoras, estudiamos a los cuidados como problemática social desde una perspectiva feminista, pero también somos las mismas cuidadoras. Portamos en nuestros cuerpos las dobles y triples jornadas laborales (trabajo productivo, reproductivo y de cuidado, sumado a trabajos comunitarios) que, además, en el marco de la pandemia, se convirtieron en simultáneas. Es por ello que decidimos abandonar los intentos por la neutralidad valorativa y nos acercamos a la autoetnografía como herramienta que nos permite reconocernos también como sujetos de investigación.

Como señalan Osorio, Gandaria y Fundallosa (2021), en el proceso de investigación pudimos atender a las incomodidades como señales que orientan las investigaciones y compartirlas nos permitió identificar momentos o situaciones que se convirtieron en herramientas para la producción conocimiento. Ahora bien, todo ello con la mirada atenta a no caer en confesiones o en autoreferencialidades permanentes. Sino más bien, dar cuenta de que los procesos que atravesamos como cuidadoras son extensibles a otras experiencias de cuidado y la mirada autoetnográfica acentúa asimismo la experiencia feminista de reconocer en lo personal lo político y en nuestros cuerpos a las marcas del patriarcado. Como señala Patricia Castañeda (2019, p. 33) “hacer academia feminista es hacer política feminista”.

En este marco, la autoetnografía aparece como un recorrido procesual en el que podemos mapear la propia experiencia y la de las demás mujeres cuidadoras que acompañamos, como un proceso de producción de conocimiento colectivo a partir de la experiencia vivida, donde se reconoce a todas las personas como productoras intensivas de conocimiento (Benet, Merhy, Pla, 2016). Apelamos, además, a la mirada atenta de sujetas atravesadas por un doble movimiento: del cuidar y del investigar, movimiento simultáneo y total: aparece así la mirada vibrante como aquella que aprehende la alteridad en su condición de campo fuerzas e intensidades que nos afectan y se hacen presentes en nuestro cuerpo en forma de sensaciones (Benet, Merhy, Pla, 2016; Rolnik, 2006/2014).

De esta manera, nos valemos metodológicamente del valor epistémico de las emociones, pues no solo conocemos a través de la cognición o la experimentación, sino a también de nuestros sentires, desafiando todo el pensamiento positivista cartesiano:

“Las emociones acompañan los procesos de investigación (desde los primeros momentos en que se elige un tema hasta que se abandona un proyecto) y el trabajo de campo (la ansiedad o la empatía en una entrevista, por ejemplo). Pero además las emociones (de investigadoras y participantes) pueden ser datos y pueden ser recursos interpretativos” (García Dauder y Ruiz Trejo, 2021, p. 4).

Como sostienen también los feminismos comunitarios, los senti-pensares se vuelven claves en las investigaciones feministas, abandonando toda neutralidad valorativa y objetividad positivista. Recordando asimismo nuestra esencia humana que trasciende y habita los procesos de investigación, sobre todo en un momento donde se investiga mientras se cuida, donde la separación entre lo público y privado desaparece y entre los trabajos productivos y reproductivos también. En el marco de una simultaneidad total, cuidamos mientras investigamos y viceversa.

Las narrativas que aquí se presentan son parte de diarios de las autoras que, a modo de diario íntimo, fueron mapeando los sentimientos que atravesaban durante la pandemia y la simultaneidad de trabajos en un mismo espacio. Así también, son fragmentos de conversaciones e intercambios –a modo de intercambios epistolares– que quienes escriben fueron cruzando a partir del whatsapp, en pleno aislamiento, recurriendo a la tecnología una vez más como recurso para recolectar datos.

Por último las fotografías son parte de las narrativas en una escena que captura diferentes puntos de observación. Por un lado la escena que se muestra en pantalla, y por otro el paisaje completo de la vida cotidiana. La elección de las imágenes fue aleatoria ya que teníamos numerosas muestras donde se repetía el patrón binario de una escena pública, para mostrar y una escena de trastienda, privada, a la manera de reservorio de una intimidad desarmada.

3. Resultados

En este apartado daremos cuenta de los resultados de nuestro trabajo. Para organizar el orden y la lectura, comenzaremos definiendo las dimensiones de los cuidados y la dimensión cuidadora en la vida de las mujeres, como un territorio común centralizado en el sostener la vida de otra/s persona/s. Posteriormente focalizaremos en el sistema tecnoproductivo y la espacialidad doméstica, dando cuenta de la explotación a la que se someten los cuerpos de las mujeres en el espacio privado y doméstico del hogar.

A continuación, daremos cuenta de la vida de las mujeres en el marco de la pandemia: la simultaneidad de trabajos en un mismo espacio (el privado e íntimo del hogar), el lugar de las pantallas; los roles simultáneos que deben efectivizarse y la ira como una emoción que aparece con recurrencia en el marco de la crisis de los cuidados en pandemia.

3.1. Las dimensiones de los cuidados

Como fenómeno social, el trabajo de cuidado es total para las mujeres. En las vidas de quienes cuidamos, la responsabilidad implicada además se entromete en nuestros pensamientos y en nuestros trabajos cotidianos, en el marco de las famosas “listas mentales” que las mujeres repasamos una y otra vez durante los intentos de sostener la vida.

Los cuidados, prácticas activas, prácticas vivas y permanentes que no cesan ni aún en los supuestos descansos.

“Entendemos la dimensión cuidadora como una producción subjetiva que se da a partir del trabajo vivo en acto y en los encuentros entre las personas que participan de su producción. El trabajo vivo en acto es aquel que se da en el momento de la interacción y que no puede prefabricarse ni estereotiparse porque se rige por lo que ocurre y circula entre las personas implicadas” (Benet, Merhy, Pla, 2016, p. 2).

La dimensión cuidadora se define como un espacio relacional donde pueden generarse procesos de acogida, vínculo y responsabilización (Merhy, 2006). Además, es un territorio común que atraviesa a las mujeres en general responsabilizándonos de la “existencia en la otra persona, desde un posicionamiento político comprometido que contempla el derecho a la diferencia y que reconoce la capacidad de autogobierno de las personas” (Benet, Merhy, Pla, 2016). Hace profundamente a la sostenibilidad de la vida: sin cuidados no hay vida humana que permanezca. E involucra además una dimensión material y una dimensión simbólica y afectiva.

En plena pandemia, ¿Cómo convive esa dimensión cuidadora con el resto de las dimensiones que habitamos? Los diferentes trabajos que sostenemos (productivos, reproductivos y domésticos) se presentan de manera simultánea en un nuevo territorio (la casa) y en convivencia con nuevas personas ajenas al espacio laboral (hijos/as, padres, madres, familiares). Se desterritorializa el espacio de trabajo y se construyen nuevos recorridos y experiencias que se cruzan y se descubren en medio de una pandemia mundial, de recorridos que no se definen ni por puntos que unen ni por los puntos que los componen, sino por el movimiento (Benet, Merhy, Pla, 2016) que repercute en los cuerpos como materia afectada y vibrante en los que se deposita la responsabilidad del sostenimiento de la vida. Aparecen incomodidades, malestares, rabias propias de esta simultaneidad de

mundos (laborales, privados, de cuidados, íntimos) conviviendo y exponiéndose casi sin elección frente a pantallas que simulan un mundo real-laboral-educacional.

Como dijimos, aumenta el estrés, pero también se incrementa la sensación de soledad y los malestares emocionales cuando la inequidad del mundo de trabajo se presenta con tanta claridad frente a nuestros ojos. Engels dijo que la mujer era la primera esclava del hombre y parece que la esencia de esa afirmación sigue vigente aún en pleno en siglo XXI, al dar cuenta de cómo la sostenibilidad de la vida sigue recayendo sobre los mismos cuerpos. El nuevo espacio contractual y laboral invoca a su vez nuevas reglas (desregularización) y protección social variable y flexible (flexiseguridad) y esto repercute de manera mucho más dramática en los cuerpos de las personas cuidadoras que, en el mundo, son mayoritariamente mujeres” (Osio Havriluk y Delgado de Smith, 2010, p. 5).

“La naturalización del cuidado como una responsabilidad femenina genera impactos negativos para la sociedad en general y para las mujeres en particular. Así las mujeres son quienes se encuentran más expuestas a la enfermedad por dedicarse al cuidado de la salud –70% de los trabajos en salud a nivel mundial están a cargo de mujeres (Organización Internacional del Trabajo, 2019)– y durante el aislamiento obligatorio se encuentran sobrecargadas por nuevas demandas de cuidados de sus familiares” (Pautassi, 2020).

De un momento a otro, el hogar se convirtió en la sede de los cuidados y del teletrabajo en simultáneo. Y aparece con fuerza la imagen de la mujer pulpo sosteniendo en una mano la olla para cocinar, en otra respondiendo el teléfono laboral y con niños en la espalda reclamando atención. En situaciones con niños/as en edad escolar, la situación empeoró pues además debimos ser maestras sin haber tenido ninguna formación previa. El cuerpo cansado conlleva las marcas de los cuidados. En la autoetnografía, el registro del cuerpo es fundamental pues allí se clavan las marcas de nuestros sentires y pesares. Las espaldas cansadas y las caderas rígidas de tanto tiempo en un mismo lugar y posición. Cuando ir de la casa al trabajo y del trabajo a la casa es permanecer en un mismo territorio, las corporalidades estallan en sentimientos de asfixia y soledad. Pero, aun así, el mandato de la buena madre así como la dimensión afectiva vinculada a los cuidados se entrecruzan para que estos cuerpos expropiados sigan sosteniendo la vida. A los/as médicos/as les quedó la responsabilidad de salvar vidas frente al COVID-19, a las mujeres nos tocó sostener la vida en todos los demás ámbitos.

Desde un enfoque de derechos humanos se debe transformar el riesgo actual situando a los cuidados, remunerados y no remunerados como eslabones centrales de la salida de la crisis, pero garantizando su efectiva protección y distribución (Pautassi, 2020). Desde un enfoque, además, feminista se deben considerar las intersecciones de género, racialidad, clase y edad para apostar por un acceso y ejercicio realmente integral a los cuidados.

3.2. Sistema tecnoproduktivo y espacialidad doméstica: la expropiación de las fuerzas

La nueva modalidad de la vida cotidiana, corrida a una gestión virtual de todos sus ritmos, entrega a las cuidadoras a una productividad sin límites. Inmersas en la conexión de la nueva economía global, no hay tiempo fuera. La fuerza de la máquina sigue sostenida por la expropiación de la vitalidad de quienes cuidamos, somos el bien común profanado por el propio sistema tecnoproduktivo para su sostenibilidad.

Para reconocer la dinámica viva de quienes cuidamos, es necesario identificar la espacialidad donde tiene lugar esa función. Lo que antes de la pandemia tenía una diversidad de espacialidades que componen la zona de la vida cotidiana repartida en el territorio, ahora se estrecha ese mapa de circulación a los propios espacios domésticos y los cuerpos de las cuidadoras. De este modo, si antes las tareas del cuidado implicaban una cartografía con idas y venidas, por ejemplo, la agenda de una cuidadora antes de la pandemia estaba estructurada por traslados agotadores, pero que permitían de alguna manera, un tiempo de silencio, soledad, pensamiento con una misma, reflexiones, además de la sabida lista de tareas y obligaciones respecto de quienes tenemos a cargo.

Esta dimensión espacial, es fundamental, porque el sistema productivo, tenía en cuenta los tiempos fuera o dicho mejor, los distintos tiempos que implicaba los distintos trabajos, incluido el de los traslados. En ese tamiz temporoespacial, las mujeres habíamos encontrado la manera horadar la jornada de 24 horas. Sin embargo, la virtualización de la vida, traducida en *#estarconectadaydisponiblelas24hs* asfixia toda posibilidad de respiración. Los circuitos de cuidados no se han modificado demasiado, es decir, seguimos realizando las tareas de traslados de niños y niñas y adultos y adultas a cargo, pero la nueva modalidad del trabajo virtualizado del semiocapitalismo, basado en la creación y la mercantilización de dispositivos tecnolingüísticos que, por su propia naturaleza, son semióticos y desterritorializados (Berardi, 2007) implica justamente conectividad independientemente de dónde o cómo estén los cuerpos. Así, quienes cuidamos cargamos con la máxima explotación y esclavitud del sistema tecnoproduktivo.

La espacialidad de los cuidados se superpone a la espacialidad del trabajo. La espacialidad doméstica, que en los años 30 significó el auge de la modernidad como la *máquina de habitar* (Le Corbusier, 1930) hoy sufre los cambios tipológicos drásticos que sufren sus moradoras. Lo que es conocido como homeoffice hecho por las mujeres -que siguiendo la tradición heteropatriarcal, no tiene el mismo peso que el homeoffice hecho por hombres- implica la superposición espacial de actividades. El trabajo es el dispositivo digital, y el espacio se compone de lo que pasa mientras tanto.

Cuando hacemos una investigación respecto de cómo se arquitectura esa homeoffice, la espacialidad brinda un espejo de los propios cuerpos. A saber, existe una cara pública, lisa, imaginaria, construida a conciencia de lo que se quiere mostrar, prolija, limpia, sin olor, sin sudor, productiva y exitosa -en el sentido de que podemos con todo lo que está a nuestro cargo- que es lo que entra dentro del foco de la máquina, y anexo a esa publicidad, está el desarme carnal de la vida misma.

El desarme carnal que habita en cada espacialidad doméstica es lo que nos interesa visibilizar. En dos sentidos. Por un lado la espacialidad en íntima relación con sus habitantes, como una piel que contiene a los distintos tamices de una misma. Y por otro, la multiplicidad de asfixias a nivel cognitivo.

A continuación, a modo de etnografía documental, componemos en formato collage las espacialidades domésticas del *home office*. La escena virtual, de plano liso, que está contenido en la cámara entre pantallas; y la vida en la escena, habitada desde la carnalidad multidimensional sobreexplotada. Dos espacialidades de un mismo cuerpo.



Imagen 1



Imagen 2



Imagen 3



Imagen 4



Imagen 5



Imagen 6



Imagen 7

Destacamos que este fotomontaje documental, habla por sí mismo. Las distintas escenas fueron fotografiadas por las propias mujeres: trabajadoras virtuales, de clase media, en su escena cotidiana -hacemos este recorte, por la propia perspectiva autoetnográfica. El estudio de las escenas fue transversal a distintas territorialidades, cabe destacar, que en los territorios urbanos marginales, donde la transición tecnológica no tiene soporte material, la precariedad es muchísimo mayor, y las escenas desgarradoras-.

Vivimos mundos yuxtapuestos y antagónicos: virtual y real, que a su vez siendo sus soportes de distinta naturaleza, la vida misma se vuelve antagónica fundamentalmente para quienes cuidamos, porque en cualquier caso podemos habitar un mundo a la vez. En este sentido, una constante que cuando ponemos el foco en el espacio donde habitan los cuerpos, es una realidad que no sólo muestra una intimidad de la trastienda de los trabajos -algo así como las arquitecturas de servicio- sino que reflejan la multitarea de esos cuerpos, que no es otra cosa que su explotación. Es decir que, así como los espacios están sobresaturados, ¿qué sucede con los cuerpos y su fuerza cognitiva y emocional?

3.3. Asfixia espacial, sobredosis productiva, agotamiento psicoemocional

La vida en pandemia parece no diferenciar días de noches, espacios privados de aquellos públicos ni vida laboral de aquella vinculada al placer/ocio/intimidad. Todo se mezcla y transcurre en un tiempo inconcluso e infinito. La falta de certezas sobre los devenires de la vida así como sobre una fecha de fin de todo esto, empeora aún más el panorama.

Aquí, pretendemos dejar registros autoetnográfico de lo que sucede en el cuerpo de las cuidadoras partiendo justamente de la propia experiencia y de todo el recorrido que, como investigadoras del tema, hemos realizado durante estos años.

3.3.1. La pantalla como nuevo escenario permanente

La pantalla aparece como el espacio donde la nueva vida transcurre: la escuela de las infancias, el nuevo teletrabajo, las actividades de ocio (yoga, gimnasia, idiomas, etcétera) virtuales. “*Sueño con personas con cabeza de notebook persiguiéndome*” (autora 1). Cuando el contacto se acaba, la virtualidad parece absorberlo todo. En algún punto las experiencias comienzan a ser más frágiles y la corporalidad aparece como una urgencia frente al nuevo escenario intangible.

Desde esa pantalla, asimismo, la intimidad desaparece: el orden/desorden, la privacidad, la intimidad deja de serlo y pasa a ser de dominio público. “*Estaba dando clases y apareció mi nena de 5 años llorando porque el hermano le había gritado. Yo estaba con el pizarrón, 60 estudiantes conectados viendo cómo lloraba la nena. Yo no sabía qué hacer, me dolía su llanto pero debía seguir con la clase como si nada pasara*” (autora 1). La angustia de estar habitando dos mundos en paralelo: la madre y la docente. Ambas, al mismo tiempo y en el mismo lugar. Muchas veces, incluso, la mirada desaprobatoria del entorno frente a la aparición en pantalla de las crianzas en medio de una reunión virtual o de una clase universitaria. El vacío y la indecisión de no saber a qué universo responder primero pues ambos se superponen en un continuum en apariencia infinito.

“*Quiero la escuela del mundo real*”, dice una niña de 6 años en una clase virtual, mientras llora porque no quiere conocer a su maestra detrás de un monitor. “*¡No quiero que me filmes más!*” grita otra de la misma edad mientras su mamá intenta filmarla para una tarea escolar que debe ser enviada en un video a través del *Classroom*.

Así también, se multiplican actividades virtuales que solían ser presenciales y que, además, recurren a la presencia del cuerpo para ser efectivamente completas. “*No conozco a mi psicóloga personalmente. Hace un año que estoy en terapia con ella y nunca la vi en la vida real. Intenté practicar danza en casa, me sentía una imbécil bailando sola*” (autora 1). No se trata sólo de lo vincular, sino también de prácticas que implican cuerpos presentes. La pantalla nos promete igualdad y proximidad frente a geografías distantes, pero se olvida de que la dimensión cuerpo propone una vivencia irremplazable.

También debemos nombrar que la virtualidad ha acarreado cosas positivas: el acortamiento de distancias entre países, la posibilidad de presenciar clases o congresos internacionales o de dictarlos, así como de generar lazos y redes con quienes era impensado tiempo atrás. Esto es, por un lado, absolutamente novedoso y facilita el reconocimiento y éxito profesional de las mujeres. No obstante, alimenta la demanda de la superproducción, la explotación permanente y la sobrecarga de trabajo generalmente no remunerado. Esta trampa nos promete reconocimiento profesional pero conlleva más tiempo de trabajo extra.

El cuerpo, además, toma otras formas: columnas encorvadas, vistas agotadas, oídos aturridos frente a la sobreexposición permanente de la pantalla. “*Tengo una reunión atrás de otra. Antes, debía dejar al menos una hora para considerar el traslado de un lugar a otro. Ahora no hace falta. Estoy en un congreso en Perú a las 10 y a las 12 tengo una reunión con una colega de Buenos Aires y a las 13 tengo una clase virtual por zoom*” (Autora 1). Este permanente estar tras una pantalla acarrea consecuencias en la salud física por malas posturas y por un excesivo esfuerzo sumado a un tiempo de recreación y actividad deportiva.

3.3.2. Los roles superpuestos

De repente, aparecieron nuevos roles impensados para las mujeres. Quienes tenemos hijos e hijas en edad escolar, durante la pandemia -e incluso esta especie de post pandemia que vivimos ahora- debimos aprender a enseñar. De un día para el otro nos encontramos con que la escuela también se trasladaba a casa. El tiempo de juego y placer con nuestras crianzas, de pronto se convirtió en tiempo destinado a tareas escolares a través de un ordenador. *“Me harté, me cansé de ser tu maestra, quiero tener tiempo de ser tu mamá” (autora 1 a su hijo de 8 años)*. El agotamiento permanente aparece frente a una docencia no deseada, frente a lo inesperado de una tarea que parecía que no iba a estar asociada a la maternidad. De repente y sin consultarnos, las madres estábamos dando clases a niños y niñas, enseñándoles a sumar y restar o a leer y escribir.

No hay descanso ni tampoco paz mental. A las listas mentales tradicionales, ahora se suma la agenda escolar de las crianzas y el cuidado/limpieza del hogar para evitar que el virus ingrese. En los cuerpos de las mujeres queda depositado el cuidado, la educación y la salud de las personas con quienes conviven. *“Me voy a trabajar, salgo de la cocina y entro a una pequeña habitación sin puerta y sin privacidad. Allí improvisé una oficina por la que entra el sol pero que jamás está en silencio. Prendo el ordenador cada día, y dos vocecitas pequeñas aparecen pidiendo el desayuno, un peinado o simplemente un abrazo. Así, el silencio nunca llega, salvo en las noches cuando mi cuerpo suma más de 15 horas de trabajo remunerado y de cuidados. Lloro, de rabia y de impotencia. Lloro también porque me enoja quejarme aún cuando tengo la posibilidad de un trabajo y salario fijos. Pero vuelvo a llorar. Por todo ello y por más” (Autora 1)*.

El grupo de whatsapp de familias escolares tiene una actividad permanente para acompañar la organización colectiva de las clases virtuales. No obstante, son las madres quienes están haciéndose cargo de la gestión escolar: de conectar a niños y niñas frente a la pantalla y de encargarse de que cumplan con las tareas semanales. *“En junio, el padre me dijo que él se cansó de ayudar al niño mayor a hacer la tarea. Que no podía ayudarlo más. A la nena no la ayudó en todo el año de jardín de infantes” (Autora 1)*.

Todos aquellos derechos que los movimientos feministas han ganado para las mujeres, se desvanecen cuando se trata de trabajos de cuidado y de sostenibilidad de la vida. Las corresponsabilidades están aún muy lejos de suceder y si los acuerdos previos entre las familias no eran claros antes de la pandemia, el Covid-19 recrudeció las desigualdades de género.

3.3.2. Ira: cuidados y gestión emocional

En este nuevo tiempo pandémico donde todo parece acelerarse a la vez que se simula un presente eterno, las emociones múltiples aparecen sin tener rumbos fijos. *“Cuando los veo dormir, pienso qué rápido crecen y cuánto me estoy perdiendo por estar trabajando tanto. La culpa me mata” (Autora 1)*. Cada día es igual al otro, la rutina es permanente, se pierde la noción del tiempo porque el tiempo es igual a tiempo de trabajo.

“Él, fresco, me dice: “hoy no puedo cuidar a la niña porque tengo que dar clases”, yo entonces, muerta de odio, proceso la ira, y contengo todas las injusticias. A saber: yo doy clases con la niña abajo del escritorio, haciendo su casita. Proceso la ira para no contestar al progenitor, porque prefiero que si no va ser un cuidador responsable, asumir ese rol yo y que la niña no quede librada a cualquier persona, o en soledad en una casa con peligros para una crianza de 3 años.” (Autora 2) Síntesis: trabajos múltiples, emocionalidades múltiples, todas catalizadas por un solo cuerpo. Llega el miércoles y necesito que sea viernes y que la niña pueda jugar con otras crianzas.

Fragmentos que derivan al mismo sentimiento:

“Mientras trabajo, cuido, y todo lo que implica la gestión de lo doméstico, siendo las 23pm de la noche, se escucha en el aire el piano de mi vecino que no deja de practicar. Él también progenitor, también trabajador virtual, también docente, por la siesta disfrutaba la tarde de otoño practicando patinaje en la calle, “para moverme un rato”, le comentaba a otro vecino. Está claro, la responsabilidad de cuidado la práctica la progenitora de sus niños y niñas. Quien escribe, no puede más que producir ira” (Autora 2).

En algún momento armé una medida de malestar para intentar frenar. Cuando me veía que ya no aguantaba a la niña, era mi alarma de que estaba pasada de vuelta. El intento de freno no ocurrió. Sólo se agregaron a las cargas cotidianas la gestión de la ira y del cansancio, en un intento no siempre exitoso de amabilidad para quien me rodea. (Autora 2)

“Si no duerme la siesta, prometo no enojarme, ni con ella ni conmigo (...) No durmió. Y la promesa no surtió efecto”. (Autora 2)

Y así en tiempo pandémico y sus adaptaciones han transformado la vida cotidiana en una asfixia espacial, con sobredosis productiva, y un agotamiento psicoemocional, donde el orden disciplinario heteropatriarcal apunta una vez más, a una recolonización de nuestras potencias, ni conocidas ni apropiadas. Presentamos así la ira y sus cualidades de fuerza sublevatoria.



CUANDO NO QUIERES LEVANTARTE
PERO RECUERDAS QUE ERES UNA
MUJER EMPODERADA E
INDEPENDIENTE Y TIENES QUE
CONSTRUIR TU IMPERIO Y SER JEFA
DE TU VIDA.

Meme que circuló por las redes.

Resulta notable, que el sentimiento, emoción, el afecto que emerge de estas nuevas situaciones de la vida cotidiana es la ira -en algunas más en otras menos-, pero lo que nos llama la atención es que en nuestras apuestas de empoderamiento y libertad para con nuestras vidas -como lo muestra clarísimo un meme que circuló por las redes- se filtra como ordenador un mandato de hacer algo con esa fuerza indisciplinada de la ira. Por destructora, por violenta, porque desencaja con la estética de éxito de una mujer que lo puede todo. De manera que agotamos muchísima de nuestra energía vital en controlar esta intensidad, que siendo más sofocados nuestros cuerpos, nuestros motores cognitivos se adaptan rápidamente a las nuevas velocidades, y quien ruge es el aullido de nuestra fuerza vital para que hagamos *algo*.

Es en ese algo es donde está implícita la orden de una gestión heteropatriarcal de la vida para un extractivismo de las fuerzas. Cuando buscamos la etimología de la palabra *ira*, no está claro su origen. Las definiciones rápidamente lo asocian a adjetivos peyorativos.

“La ira se vuelve el sentimiento predominante en el comportamiento cognitivamente y fisiológico cuando una persona hace la decisión consciente de adoptar medidas para detener inmediatamente el comportamiento amenazante de otra fuerza externa.” (Di Giuseppe, 2006; p. 133)

A partir de dicha definición, podríamos significar la ira como una fuerza defensiva frente la sobreexplotación. Sin embargo cuando hacemos un vuelo rápido por las religiones más incidentes en ordenamiento de las masas, resulta interesante notar que en todas ellas la ira era una fuerza a vencer, para abrirle camino a la *ley* divina que obre en los cuerpos. Así, desde el Catolicismo -considerándola una de los siete pecados capitales-, aplica su manual regulador de la ira para la salvación de las almas con *paciencia*. En el mismo orden y sentido, el Islam propone el *autocontrol* y el Budismo la *transformación*, para dominar la ira, que es inconducente a un horizonte deseado.

Así, la vanguardia en explotación para las cuidadoras resulta el *homeoffice* que lleva implícita la ley de las implosiones emocionales. Se permite el malestar, pero no su manifestación. La ira es parte de la vida cotidiana pero hay que tenerse paciencia porque este tiempo eventualmente va pasar. Trabajamos con la gestión del autocontrol porque ser iracundas destruye la paz en nuestros espacios de trabajo. Y como somos exitosas y emprendedoras de nosotras mismas, transformamos esa energía negativa y nos hacemos flores de nuestras penas. Sin darnos cuenta, somos las fieles de todas las religiones juntas.

3.4. La ira como ética de liberación

“Ojalá las ma-paternidades pudiéramos acompañar con las palabras que dan la fortaleza necesaria para transitar ese momento horrible, pero que no dibujan la demencia que borra un acontecimiento. Ese gesto, esa experiencia violenta, tiene la potencia de una sabiduría, o bien, es el principio de una profanación. Imprime una memoria ética en la conciencia de los niños y niñas, el mensaje que dieron esa noche: abandonar la soberanía de un cuerpo vivo”. (Autora 2) Escribía esto después de llevar a la niña a una consulta médica donde en toda instancia se le anuló lo que decía su cuerpo, sus sensibilidades, lo que aullaban sus fuerzas. Justamente como cuidadora que acompaña, ése momento reflejó todos los momentos que hacemos cuerpo de esa enseñanza en nosotras mismas y acallamos lo que gritan nuestros cuerpos. Y en ese proceso de silenciamiento es donde habilitamos las infinitas profanaciones, pero fundamentalmente, es lo que prepara nuestros territorios cuerpo como materia de expropiación y consecuente extractivismo de nuestras fuerzas.

Conocer nuestra ira como una fuerza poderosa, saber que nos pertenece y que nos habita como un principio de soberanía de nosotras mismas, puede ser el principio de un camino libertario a otro modo de organización. Intuimos que la virtualidad, el *homeoffice*, el semiocapitalismo viene para quedarse. ¿Qué sucedería si reaccionamos con los opuestos a la paciencia, el autocontrol y la transformación positiva esperadas? ¿Qué sucedería si encarnamos lo vibrátil de esa fuerza viviente que no quiere la contención como forma de vida? ¿Qué sucedería si habilitamos el desmadre en el orden heteropatriarcal de los cuidados?

4. Conclusiones (inconclusas): Lo invisible como política de engranaje

Es difícil pensar en cerrar este artículo cuando aún el tiempo pandémico no acaba y el teletrabajo aún no tiene fecha de caducidad (y probablemente no lo tenga en varias labores). Sí podemos reflexionar sobre la urgencia real de trabajar sobre la distribución de los cuidados. Y no alcanza con que sea una problemática que los feminismos se tomen en serio, sino que debe ser tema de agenda de los Estados, el sector privado y la comunidad. Por supuesto que es una problemática que nadie quiere abordar: a los Estados les representa un problema estructural porque sin los cuidados gratuitos de las redes de mujeres no hay capitalismo posible; al sector privado también les supone una dificultad estructural pues de ellos depende la gestión de diferentes cuidados y cuidadores en sus espacios de trabajo y en los accesos a la salud integral; y a la comunidad pues implica que, de una vez, dejemos de comprender a los cuidados como una responsabilidad individual/familiar y que debemos comprometernos todas y todos en la sostenibilidad de la vida.

Los feminismos comunitarios presentan una apuesta fuerte en este sentido al priorizar la comunidad y la vida comunal por sobre la vida individual y la propiedad privada de las personas de una familia. No obstante, para ello, se debe pensar en una estructura completamente diferente y un compromiso con la colectivización de la vida misma para lograr el Buen Vivir, lo cual es un casi una distopía en las zonas urbanas, donde la misma zonificación funcional de la ciudad, desde las circulaciones hasta las áreas de los espacios públicos son reductos del diseño heteropatriarcal colonial capitalista adultocéntrico.

Lo que implica que a la hora de repensar la distribución de los tiempos, es fundamental acompañarlo con una política espacial-territorial que acompañe lo orgánico que podría ser la propuesta de cuidados de los feminismos comunitarios, o del urbanismo feminista, que si bien se adapta al sistema hegemónico, habilita espacios inclusivos amables para los cuidados.

Lo que subrayamos como nuestro desafío de primera línea es desmontar el engranaje tecnoproductivo que se vuelve a apropiarse de nuestras fuerzas vitales. Re-apropiarnos de los tiempos de descanso y de ocio. El tiempo del no-hacer, frente a la demanda de la productividad permanente y las sobrecargas de trabajo. El tiempo fuera de ese tiempo contable, rentable, financiable.

La pandemia visibilizó la necesidad de los trabajos de cuidados, su importancia estructural. Pero también dejó en claro quiénes sostienen a la vida. Nos confronta con las múltiples situaciones de desigualdad preexistentes que afectan el ejercicio de los derechos humanos, como es el derecho a cuidar y ser cuidados. Ya no podemos ignorar esa realidad que los feminismos denuncian hace décadas: que el cuidado es un trabajo y que es absolutamente central y, por ello mismo, se deben regular políticas públicas y acuerdos privados que regulen y garanticen el ejercicio y la recepción de este tipo de trabajo.

Nuestro aporte no quiere ser una herramienta para las políticas públicas sino más bien, en palabras de Rita Segato: construir retóricas de valor para las prácticas y las tecnologías de sociabilidad que nos ayudan a existir en nuestros paisajes (Segato, 2019). En este sentido es que hemos hecho un collage autoetnográfico y documental, tanto textual como fotográfico de nuestros paisajes cotidianos para desenmascarar el engranaje que nos esclaviza invisibles de toda manifestación.

Así también, levantamos el principio de lo que pueden ser puntos de partida para desarmar el nuevo ropaje tecnoproductivo que viste nuestro amo, habitar nuestra fuerza, habilitar nuestra ira, sabernosla disponible para nosotras. Disponernos a un cambio de actitud, radical, minúsculo, cotidiano, que lo dinamite todo,

“Cuestión de actitud, de valentía, de insumisión. Existe una clase de fuerza, que no es ni masculina ni femenina, que impresiona, que enloquece, que da seguridad. Una capacidad de decir que no, de imponer una visión propia de las cosas, de no ocultarse” (Despentes, 2020, p.168).

Entonces, quizás también, la ira que ponemos en valor como brújula ética, sea la que nos marca cuando estamos dentro de un engranaje del Poder, lleno de jerarquías y obturaciones. Quizás la ira nos lleve a la construcción de esa otra medida que no tiene contabilidad, que se acerca más al derramamiento gratuito y espontáneo, en conexión no con la máquina sino con el deseo vital que pulsa el flujo del sin fin de lo vivo, que nace, muere, y vuelve a nacer.

Terminamos con otra de las nuestras:

“Cuando firmo justificantes en blanco o me invento enfermedades para que mis hijos/as hagan pellas cuando no quieren ir a la escuela, lo hago como madre amante que utiliza el disfraz y hace el papel de madre con el Poder que la sociedad me otorga (nada menos que la Patria Potestad). Trato de no crearme el papel -el Poder fáctico que tiene- y de ser complaciente y cómplice incondicional. Y entonces el papel, el personaje que me dan y que yo represento, lo manejo en favor de las criaturas, en lugar de dejarme manejar por él.(...)Hay que dejar de creerse el personaje que hemos aprendido y que representamos, porque excluye nuestros verdaderos deseos que duermen reprimidos y que afloran como sueños utópicos, imposibles, irreales, no verdaderos” (Rodríguez Bustos, 2016, p. 356).

La tecnología de los cuidados es una estructura de expropiación de nuestra fuerza vital por parte del sistema tecnoproductivo. Necesitamos habitar nuestra fuerza, habilitar nuestra ira y crear alternativas micropolíticas

que desarmen esa tecnología que hace que seamos territorio próspero para su instalación. La ira es un camino, pero no el único. Cerramos el artículo, con el convite de crear los mapas que nos faltan afirmando nuestra propia tecnología para la vida que une pensamiento y placer.

Referencias bibliográficas

- Bard Wigdor, Gabriela y Bonavitta, Paola (2021). Covid-19, teletrabajo y cuidados: impacto en la vida de las mujeres profesionales de Argentina. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, 5(1), 1-20. <http://www.ceil-conicet.gov.ar/ojs/index.php/lat/article/view/720>
- Benet, Marta; Merhy, Emerson; Pla, Margarida (2016). Devenir Cartógrafa. *Athenea Digital*, 16(3), 229-243. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1685>
- Berardi, Franco (2017). *Fenomenología del fin: Sensibilidad y mutación conectiva*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Castañeda, Martha Patricia (2019). “Perspectivas y aportes de la investigación feminista a la emancipación” en *Otras formas de desaprender: Investigación feminista en tiempos de violencia y resistencia*, Bilbao: Hegoa, pp. 19-41.
- D’Alessandro, Mercedes; O’Donnell, V.; Prieto, S. y Tundis, F. (2020). *Las brechas de género en la Argentina Estado de situación y desafíos*. Buenos Aires: Ministerio de Economía.
- Despentes, Virginie (2020). *Teoría King Kong*. Buenos Aires: Literatura Random House.
- Di Giuseppe, Raymond (2006). Raymond Chip Tafrate, *Understanding Anger Disorders*, Oxford University Press, pp. 133-159.
- Esteban, Mari Luz (2014). “El feminismo vasco y los circuitos del conocimiento: el movimiento, la universidad y la casa de las mujeres”. En *Otras formas de (re)conocer: Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista*, Bilbao: UPV/EHU, pp. 61-76.
- García Dauder, Dau; Ruiz Trejo, Marisa G. (2021). Un viaje por las emociones en procesos de investigación feminista. *Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales*, (50), 21-41. <http://revistas.uned.es/index.php/empiria/article/view/30370>
- Lorde, Audre (1984). *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*. Madrid: Horas y horas.
- Murillo, Soledad (1996). *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*. Madrid: Editorial Siglo XXI.
- OIT (2021). La Covid-19 y el mundo del trabajo. Estimaciones actualizadas y análisis. Enero de 2021.
- OIT/CEPAL (2021). Coyuntura laboral para América Latina y el Caribe (24).
- OIT/ONU Mujeres (2021). Evaluar el impacto de la crisis de la Covid-19 en las mujeres y los hombres, y apoyar una recuperación con perspectiva de género. Una herramienta de política a nivel nacional.
- Organización Internacional del Trabajo (2019). El trabajo de cuidados y los trabajadores del cuidado para un futuro con trabajo decente. https://www.ilo.org/global/publications/books/WCMS_633168/lang--es/index.htm
- Osio Havriluk, Lubiza; Delgado de Smith, Yamile (2010). Mujer, cyberfeminismo y teletrabajo. https://www.researchgate.net/publication/277266408_Mujer_cyberfeminismo_y_teletrabajo.
- Osorio-Cabrera, Daniela; Gandarías, Itziar; Fulladosa, Karina (2021). Consideraciones ético-político-afectivas en investigaciones feministas: articulaciones situadas entre academia y activismo. *Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales*, (50), 43-66. <http://revistas.uned.es/index.php/empiria/article/view/30371>
- Palermo, Hernán y Capogrossi, Lorena (2021). Mutaciones y reconfiguraciones en el mundo del trabajo a partir de la expansión del Covid-19. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, 5(11), 1-8- <http://www.ceil-conicet.gov.ar/ojs/index.php/lat/article/view/927>
- Pautassi, Laura Cecilia (2020). La centralidad del derecho al cuidado en la crisis del COVID-19 en América Latina. *Pontificia Universidad Católica del Perú; Ius et Veritas*, 61(12), 78-93
- Rodrigañez Bustos, Casilda (2016). *El asalto al hades. La rebelión de Edipo*. Buenos Aires: Madre Selva.
- Rolnik, Suely (2018). “¿Cómo hacemos un cuerpo?” Entrevista con Suely Rolnik // Marie Bardet. Lobo Suelto. 8 de mayo de 2018. <http://lobosuelto.com/como-hacernos-un-cuerpo-entrevista-con-suely-rolnik-marie-bardet/>
- Rolnik, Suely (2006/2014). *Cartografía sentimental: transformações contemporâneas do desejo*. Porto Alegre: Editora Sulina UFRGS.
- Segato, Rita (2019). Estamos por dar vuelta la página de la prehistoria patriarcal. Entrevista a Rita Segato//Mariana Carabajal. Noticias UNSAM. 7 de marzo de 2019. <https://noticias.unsam.edu.ar/2019/03/06/rita-segato-en-la-unsam-estamos-por-dar-vuelta-la-pagina-de-la-prehistoria-patriarcal/>